

4ºD. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 5,1-12A.

En aquel tiempo, al ver Jesús al gentío subió a la montaña, se sentó y se acercaron sus discípulos, y él se puso a hablar enseñándoles:

Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra.

Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados.

Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos quedarán saciados.

Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán «los Hijos de Dios».

Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Dichosos vosotros cuando os insulten, y os persigan, y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo

APROVECHAR EL DON DE LA VIDA

En el Evangelio de hoy se proclaman las Bienaventuranzas de Mateo. La primera es fundamental y dice así: **«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos».**

Y la pregunta es: **«¿quiénes son los pobres de espíritu?»** Los pobres de espíritu son aquellos que saben que **«no se bastan consigo mismos»**, que no son autosuficientes y viven como **«mendicantes de Dios»**. Se sienten necesitados de Dios y **«reconocen que el bien viene de Él, como un don»**, como una gracia. Quien es pobre de espíritu **«atesora lo que recibe»** y por eso desea que **«ningún don se desperdicie»**.

Hoy Jesús nos muestra **«la importancia de no desperdiciar»**, por ejemplo, cuando, después de la multiplicación de los panes y de los peces, pide que se recoja la comida que ha sobrado para que nada se pierda. No desperdiciar nos permite **«apreciar el valor de nosotros mismos, de las personas y de las cosas»**. Pero lamentablemente es un principio a menudo desatendido, sobre todo en las sociedades más ricas, en las que dominan la **«cultura de la caducidad, de la obsolescencia programada y la cultura del descarte»**, que son una lacra. Nos encontramos pues frente a **«tres desafíos»** para combatir esta mentalidad del consumismo derrochador y del descarte.

Primer desafío: **«no desperdiciar el don que nosotros somos»**. Cada uno de nosotros es un bien, independientemente de las cualidades que tenga. Cada mujer, cada hombre es **«rico en dignidad»**, es **«amado por Dios»**, es **«valioso»**. Jesús nos recuerda que somos bienaventurados no por lo que tenemos, sino por lo que somos. No obstante, si una persona se deja ir y se abandona, se desperdicia a sí misma. Luchemos, por tanto, con la ayuda de Dios, contra la tentación de considerarnos **«inadecuados o insignificantes»** y también contra la tentación de **«compadecernos de nosotros mismos»**.

Segundo desafío: **«no desperdiciar los dones que tenemos»**. Resulta que en el mundo **«cada año se desperdicia cerca de un tercio de la producción total de alimentos»**. Y esto mientras **«muchos mueren de hambre»**. Los recursos de la creación no se pueden usar así. Los bienes deben ser custodiados y compartidos, de forma que **«a nadie le falte lo necesario»**. Por tanto, no malgastemos lo que tenemos y difundamos **«una ecología de la justicia y de la caridad»**.

Tercer desafío: **«no descartar a las personas»**. La cultura del descarte dice: **«te uso mientras me sirves»**. Cuando ya no te necesito o seas un obstáculo para mí, te abandono. Y así se trata especialmente a los **«más frágiles: los niños todavía no nacidos, los ancianos, los necesitados y los desfavorecidos»**. Pero las personas no se pueden tirar, los desfavorecidos no se pueden tirar. Cada uno es un don sagrado y único, a cualquier edad y en cualquier condición. Por tanto, respetemos y promovamos la vida siempre. **«No descartemos la vida»**



Podemos plantearnos algunas **«preguntas»**. En primer lugar: ¿Cómo vivo la pobreza de espíritu? **«¿Creo que Dios es mi bien, mi verdadera y gran riqueza?»** **«¿Creo que Él me ama?»** o, por el contrario, ¿me dejo ir con resignación a donde el mundo me lleve, olvidando que soy un don de Dios?

En segundo lugar: ¿estoy atento a no desperdiciar?, **«¿soy responsable en el uso de las cosas?»** **«¿Estoy dispuesto a compartirlas con los otros?»**

Y finalmente: **«¿considero a los más frágiles como dones valiosos que Dios me pide que custodie?»** **«¿Me acuerdo de quién está privado de lo necesario?»**

Que María, Mujer de las bienaventuranzas, nos ayude a **«testimoniar la alegría de que la vida es un don y la belleza de hacernos don para los demás»**. ¡Que así sea!